

en el corazón de su esposo, para inducirle á restablecer el antiguo culto, y Juan se prestó á las miras de la reina, de tal modo que los católicos pudieron concebir alguna esperanza; pero todos sus esfuerzos salieron vanos. Las consecuencias de esta nueva revolución, que en pos de sí hubiera traído la restitución de los bienes usurpados al clero, espantaron á los suecos, particularmente á los que se habían enriquecido por aquel medio: de manera que el interés, mas bien que la convicción, fué quien les retuvo en el cisma. Entretanto habiendo fallecido la reina Catalina, el catolicismo perdió en ella su principal apoyo, y Juan, contrariado por las dificultades, y habiendo contraído segundas nupcias, no volvió á pensar en el designio que le habia inspirado su primera esposa.

Entre los misioneros que se dedicaron al servicio de los católicos en los Estados de Alemania y del Norte, dominados por el protestantismo, no hay ninguno cuyo mérito haya sido mas generalmente reconocido, ni de virtud mas brillante, ni de trabajos mas fecundos que el ilustre Nicolás Stenon, obispo de Titiópolis. Nació en Copenhague, capital de Dinamarca, en 1638, y esta fatal circunstancia fué causa de haber sido educado en los errores del luteranismo. Los primeros estudios, á que se dedicó en su patria, fueron coronados del éxito mas brillante. Despues de haberlos concluido pasó á Leiden, donde permaneció por algun tiempo. La medicina era el principal objeto de su aplicacion, y además la física y ciencias naturales. No descuidó tampoco la teología; pero como los maestros que le enseñaron esta facultad estaban como él imbuidos en los errores que adquirieron en su primera juventud, no le dieron otras lecciones que las que pudieran fortificarle en su preocupacion. Dedicóse en seguida á recorrer las mas ilustres universidades de Alemania, á fin de conferenciar con los sabios y adquirir con su trato nuevos conocimientos; y por último, pasó á París, donde se puso en relacion con los hombres mas entendidos en las ciencias que él profesaba, y donde tuvo la dicha de conocer á Bossuet. Las conferencias que tuvo con este hombre célebre, principiaron á disipar en él las prevenciones que abrigaba contra la Iglesia romana; pero estaba entonces tan engolfado

en los estudios profanos, que no trató de fijar del modo conveniente su atencion en los que eran mas dignos de ella.

Stenon, guiado siempre por el deseo de aprender ó perfeccionar sus estudios, pasó á Italia y fué presentado á Fernando II, gran duque de Toscana, príncipe muy ilustrado, amigo de las letras, y como todos los de su familia, protector de los sábios. Fernando conoció el mérito de Stenon, prendóse de su carácter, y para fijarle en su corte, le nombró médico de cámara con una renta bastante considerable. Cuanto mas conocido fué el sabio danés, tanto mas se celebró que los beneficios del gran duque le hubiesen hecho hallar en Florencia una nueva patria. Cosme III, que andando el tiempo sucedió á su padre Fernando II, le eligió para presidir á la educacion de Juan Gaston, su hijo, jóven príncipe que entonces prometia llegar á ser mucho, pero que despues no correspondió á los excelentes principios en que fué educado. Stenon se ocupaba enteramente en el desempeño de su nuevo empleo, tan penoso como honorífico, cuando fué llamado á Dinamarca por el rey Cristián V, para desempeñar la cátedra de profesor de anatomía en la universidad de Copenhague. Ya habia abjurado la heregia luterana en 1669; prometiéronle, pues, que hallaria en su patria toda la libertad que pudiese apetecer en materia de Religion, pero no se lo cumplieron. Por el contrario, sus principios religiosos y su exactitud en practicarlos le atrajeron notables disgustos, y le hicieron adoptar la resolucion de volver á Florencia, donde fué recibido con mas solicitud y generosidad aun que la primera vez, devolviéndole los mismos empleos y ventajas que antes habia gozado.

Pero Dios, que á este hombre de bien le destinaba para empresas mas superiores, le inspiró el deseo de renunciar á las esperanzas del siglo y á las ciencias profanas para dedicarse al estado eclesiástico. Asi que concibió este generoso proyecto, se entregó plenamente al estudio de la Religion, valiéndose de la Sagrada Escritura y obras de los Padres, que son sus fuentes mas puras: recibió las sagradas órdenes y el sacerdocio, despues de haberse preparado con todos los ejercicios convenientes para atraer sobre sí la bendicion del cielo. Habiendo

tenido Inocencio XI noticia del raro talento y eminentes cualidades de este nuevo sacerdote, le consagró obispo de Titiópolis en Grecia, á fin de que el carácter episcopal le facilitara medios de prestar mayores servicios á la Iglesia. Juan Federico de Brunswik, duque de Hannover, habia abjurado el luteranismo en 1651. Llamó cerca de su persona á Stenon, pidiéndoselo al Papa, para que le diera firmeza en la fé católica y le condujera por el camino de la piedad. Habiendo pues el nuevo prelado recibido la competente orden del Soberano Pontífice con el título de vicario apostólico en todos los países del Norte, se puso en camino, haciéndose un deber de corresponder dignamente á las miras que Dios tenia sobre él. Presentóse en la corte del duque como un enviado del cielo, y en esta época fué cuando principiaron sus trabajos apostólicos. Animado del mismo espíritu que los primeros predicadores del Evangelio, no conocia mas interés ni tenia otro deseo que la gloria de Dios. Ocupábase enteramente en instruir á los católicos, desengañar á los hereges y procurar su reunion á la santa Iglesia. Su vida, no exigiéndolo de otro modo las funciones de su ministerio, era retirada, sencilla y penitente. Dios se valió de él para atraer á la comunión romana gran número de personas, entre las que figuran algunas de alto linage, que produjeron infinitos bienes por su ejemplo y por la proteccion que dispensaron á los obreros evangélicos.

La muerte del duque Juan Federico, ocurrida en 1679, cambió repentinamente aquel estado de cosas. El piadoso obispo de Titiópolis tuvo que abandonar un rebaño que con su solicitud y su ternura iba cada dia en aumento; pero su celo no permaneció ocioso mucho tiempo. Fernando de Furstemberg, obispo de Munster, y vicario, como Stenon, de la Santa Sede, en todos los países del Norte, se le pidió por sufragáneo al Papa, y en esta nueva carrera se le presentaron mil medios de satisfacer el ardiente deseo de redimir almas de la esclavitud del vicio y del error. Era admirable en él aquella su paciencia que de nada se cansaba, aquel su temple de alma á quien las mayores contradicciones del cuerpo y del espíritu no conseguían alterar, aquella caridad compasiva que le inducía á privarse de todo

para aliviar á los menesterosos, y aquel celo infatigable que para descansar no hacia mas que cambiar de ocupaciones y trabajos. A pesar de la dificultad de los caminos, impracticables las mas de las veces, solia visitar á pie su diócesis, despreciando el rigor del invierno, comiendo lo primero que encontraba, hospedándose en miserables chozas desprovistas de todo, predicando en todos los pueblos, escuchando amorosamente á todos, dispensando su benevolencia así á los pobres como á los poderosos, y derramando por todas partes consejos llenos de sabiduría y de bondad. Este fué el género de vida que tuvo hasta que ocurrió el fallecimiento de Fernando de Furstemberg en 1682, pues entonces se retiró á Hamburgo, persuadido de que allí podria ejercer con fruto su ministerio. Poco tiempo residió en esta ciudad, pues fué llamado por los duques de Mecklemburgo, que habian abrazado últimamente la Religion católica. Acudió Stenon al llamamiento, pensando que Dios se dignaria acaso servirse de él para facilitar la conversion de los hereges de aquel canton que quisieran seguir el ejemplo de sus príncipes. Estableció en Schewrin, capital del ducado, una casa en que reunió algunos celosos cooperadores, que se le unieron para trabajar bajo sus órdenes en la instruccion de los que el nacimiento ó la seduccion hubiesen sumergido en la heregia. De aquí salian él y sus compañeros, esparciéndose por todo el país inmediato, desempeñando con un valor y celo superiores á todo elogio las funciones del apostolado.

Aunque Stenon no llegaba aun á la edad en que la mayor parte de los hombres empiezan á columbrar sensiblemente el término de la vida, sintió sin embargo que sus fuerzas corporales iban disminuyendo; sus trabajos no interrumpidos, su vida mortificada y sus penitencias excesivas le habian acelerado la vejez. Nada cambió, sin embargo, en su austero plan de vida: continuó ayunando todos los dias, no probando carne ni vino, y no durmiendo mas que unas pocas horas, recostado en una silla ó sobre unas pajas, cubierto con una capa vieja que le servia de vestido durante el dia. En noviembre de 1686 empezó á amenazar seriamente la enfermedad de que adolecía: mas á pesar de esto, en los primeros

días nada cambió en su régimen habitual; pero habiéndose agravado los dolores, juzgó que su última hora estaba próxima. Preparóse como las almas puras y religiosas acostumbraban hacerlo, con exactitud, con fervor, con un justo temor de los juicios de Dios, pero sin turbación y sin espanto. Así exhaló su espíritu á los cuatro días de enfermedad, el 25 de noviembre, á los cuarenta y ocho años de edad y en opinión de Santo. Antes de morir había escrito al gran duque de Toscana, su bienhechor, Cosme III, dándole gracias por todos los beneficios que de él había recibido y recomendándole tres personas de su particular afecto, á quienes la estremada pobreza en que moría no le permitía dejarles nada: el gran duque miró como un deber el corresponder dignamente á estos deseos, y además hizo transportar á Florencia el cadáver del venerable obispo, dándole sepultura en el panteón de los principes de su casa, para dar de este modo solemne un público testimonio del afectuoso respeto que conservaba á la memoria de tan virtuoso prelado.

INGLATERRA, ESCOCIA, IRLANDA.

§ I. — Inglaterra.

Desde que Enrique VIII dió la primera señal de un cisma tan escandalosamente consumado, los obispos católicos de Inglaterra se habían ido extinguiendo sucesivamente. Ya no quedaba mas que el de San Asaph, el en principado de Gales, emigrado en Roma y de una edad muy avanzada. El clero católico, compuesto de sacerdotes nacionales y misioneros extranjeros, se hallaba sin jefe, y en el estado en que entonces se hallaban los asuntos de la Religión la falta de una cabeza capaz de dirigir por su autoridad á los ministros inferiores, y de allanar las dificultades que con frecuencia pueden ocurrir en el ejercicio del ministerio espiritual, causaba grandes inconvenientes. Eclesiásticos y seglares lo sentían igualmente. Uniéronse por último para representar sobre este particular á la Santa Sede; y el Santo Padre, conmovido de sus súplicas, y persuadido asimismo de que la Iglesia de Inglaterra se debilitaría tanto mas cuanto se viera privada de las ventajas inherentes al ministerio episcopal en el gobierno de la sociedad

católica, determinó que el obispo de San Asaph regresara á su patria. Este prelado se puso efectivamente en camino; pero no habiéndosele permitido continuar sus enfermedades, regresó á Roma, donde falleció de allí á poco, perdiendo en él la Iglesia de Inglaterra el último obispo de los que habían sobrevivido á la revolución. Entonces persuadieron al romano Pontífice, que para gobernar aquella Iglesia, en el estado en que se hallaban las cosas, bastaba dar al clero católico un jefe tomado de entre los de segundo orden, y que á fin de mantenerle en una continua dependencia á la Santa Sede, era suficiente concederle el título de arcipreste. Esto fué lo que se hizo: pero si los misioneros que lo aconsejaron tuvieron motivos de aplaudirlo, muchos eclesiásticos y personas legas quedaron descontentas. Estos últimos se lamentaron altamente de que una Iglesia tan antigua como la de Inglaterra, tan recomendable por los insignes varones que había producido, y acreedora á consideraciones mas particulares por el estado de prueba y persecucion en que se hallaba, quedase puesta en el pie de una simple mision, como si se tratara de un país de infieles.

Así se hallaban las cosas, cuando en 1603 Jacobo Estuardo, rey de Escocia, fué llamado al trono de Inglaterra por derecho de nacimiento y última disposicion de Isabel, que había hecho perecer á su madre en el cadalso. Como hijo de madre católica, creyóse generalmente que Jacobo se manifestaría favorable á los que hubiesen permanecido fieles al antiguo culto, y con esta esperanza le presentaron los católicos una súplica despues de su coronacion, á fin de que les concediera su proteccion; y otro tanto hicieron tambien los puritanos, es decir, los calvinistas rigidos: pero el nuevo monarca no contestó mas favorablemente á los unos que á los otros. Los últimos, que eran los que dominaban en Escocia, comenzaban á formar en Inglaterra un partido que no tardó en hacerse temible. Pedían al rey, no solamente tolerancia y libertad para sus asambleas, sino tambien la reforma de muchos abusos que no les gustaban, designando con este nombre algunas prácticas del culto anglicano que les parecían muy semejantes á las de la Iglesia romana, ciertos pasages de la liturgia que no estaban en consonancia con su doctrina, y sobre todo

el poder y honores que se habían conservado al episcopado y á otras dignidades eclesiásticas que componían la gerarquía en la constitucion actual de la iglesia anglicana. Los católicos eran mas moderados. Por mas que deseaban ardientemente la estincion del cisma, y que volviese la nacion al culto de sus padres, se limitaban á pedir que no se exigiera de ellos nada que fuese contrario á su conciencia, y que cesara por último la persecucion que hacia ya tantos años derramaba la sangre de sus hermanos bajo el hacha de los verdugos. El rey, tanto por su carácter como por sus principios, no estaba lejos de seguir las vias de la dulzura; pero los que le gobernaban no eran del mismo modo de pensar, y por desgracia tomaron tal ascendiente sobre su ánimo, que consiguieron hacerle adoptar sus propias máximas. Decidióse pues en el Consejo supremo, que se continuara persiguiendo con rigor á todos los que no se conformaran con los ritos y prácticas de la religion nacional, principalmente á los católicos, por ser los que mas se oponían. La conjuracion llamada de la *Pólvara*, descubierta en 1605, contribuyó no poco á que el rey y su gobierno se afirmasen en esta resolucion. Esa conspiracion estaba formada por hombres animados únicamente de motivos personales; pero se aparentó creer que la Religión tenia alguna parte en ella, porque los conspiradores eran católicos. Dos misioneros fueron comprendidos en el número de los culpables: al uno, se le acusaba de haber aprobado el proyecto, y al otro por haberlo sabido y no haberlo denunciado. No dejaron los protestantes de decir que todos los católicos estaban iniciados en la conjuracion, y que los misioneros habían sido los agentes secretos de ella; pero esta imputacion quedó desmentida por las diligencias judiciales que se practicaron por todas partes, y que solo dieron por resultado descubrir una docena de culpables; por lo que el mismo rey manifestó públicamente en sus discursos al parlamento, en los cuales, segun sus propias palabras, no atribuye aquella empresa mas que *al furor de ocho ó nueve desesperados*; y finalmente, por el pequeño número de los que fueron castigados, comparado con el de los católicos, que segun todos confiesan, componían aún la quinta parte de

la nacion. En cuanto á los misioneros y á la célebre orden de que eran individuos, debe decirse que quedaron plenamente justificados por un escritor, que ciertamente no ha sido muy adicto suyo, el famoso doctor Antonio Arnaldo. Mas los que estaban en acecho para enconar el ánimo del rey contra los católicos, no dejaron por eso de aprovecharse de un acontecimiento tan favorable á sus intentos, y aun no ha faltado quien diga que aquella horrible trama fué preparada con toda intencion, dirigida por alguno de los ministros, y apoyada por los cortesanos, á fin de hacer aborrecibles los católicos á los ojos del rey, que no se decidía á perseguirles con todo el furor que ellos deseaban. Examinando todas las circunstancias referidas por los escritores de aquel tiempo, semejante conjetura no parece desprovista enteramente de fundamento; y si es cierta, los autores de aquella horrible escena bien pudieron jactarse tanto de la invencion como de su éxito. Los decretos espeditos ya contra los católicos no satisfacian, por muy rigurosos que fuesen, los deseos de los que nada mas anhelaban que su total destruccion. Querían encontrar un medio seguro de ponerlos en evidencia, y un pretexto plausible para hacerlos considerar como enemigos públicos del rey y del Estado. No tenía otro objeto el famoso juramento de pleito-homenaje al monarca, juramento que Paulo V prohibió por medio de dos breves á todos los católicos de Inglaterra. Esta prohibicion dió lugar á que todos los ánimos se dividieran: unos prestando el juramento, por complacer á la corte; otros, esto es, aquellos para quienes era sagrado todo cuanto emanase de la suprema autoridad del Pontífice romano, negándose á prestarlo en obediencia de lo mandado por el Papa. Practicáronse entonces las mas esquisitas diligencias para descubrir á los eclesiásticos y religiosos que ejercían en secreto las funciones de su ministerio, contra lo prevenido por los decretos y reiteradas prohibiciones del gobierno. Ninguno de los que eran cogidos podia evitar la prision, ni muchos de ellos la muerte. Cuéntanse mas de treinta, tanto del clero secular como misioneros de diversas órdenes, ingleses y extranjeros, que espiraron entre tormentos, como violadores de las leyes del país en materia de religion.

El rey, que pretendía tambien ocupar un

puesto entre los escritores, tomó la pluma para patentizar la equidad de una ley, cuya ejecución procuraban sus ministros y el Parlamento, valiéndose de medios que él no habría aprobado, si hubiese seguido su natural inclinación. Empleó, siguiendo la costumbre de los eruditos de aquel tiempo, mucho calor y gran aparato de erudición en su obra, y trató con poca consideración á los católicos en general, y en particular á la Iglesia romana y al Papa. A su vez Paulo V, que se había declarado contra el juramento, no quiso que el escrito del monarca inglés quedase sin respuesta. Esta polémica, que había principiado en Inglaterra, se extendió por todo el continente.

Jacobo I, que falleció en 1625, tuvo por sucesor á su hijo Carlos I, príncipe cuyo reinado estuvo lleno de acontecimientos extraordinarios, y cuyo fin fué tan desastroso. Lleno de celo por el culto anglicano, quiso hacerlo recibir en Escocia, donde la secta de los presbiterianos, enemiga del episcopado, se negaba á someterse á él. La uniformidad de las prácticas religiosas le parecía una cosa muy importante en cualquier país, y especialmente en su isla, donde la diversidad de cultos y la pugna de las opiniones habían ocasionado por espacio de un siglo tantas conmociones populares, y costado la vida á tantos ciudadanos. La máxima era verdadera y tomada en las fuentes de la mas sana política; pero Carlos hacia de ella una falsa aplicación. Por otra parte, la disposición de los ánimos en Inglaterra establecía una diferencia tan grande entre los tiempos de Jacobo I y los de Carlos, que no era cuerdo ni político hablar y obrar como su padre. Entre los ingleses, todo se encaminaba á la independencia cuando Carlos I obtuvo la corona. En Escocia los magnates y el pueblo se hallaban todavía menos dispuestos á la sumisión que en Inglaterra; porque los principios de la secta dominante, esto es, la de los presbiterianos, habían sembrado en los ánimos el germen de la rebelión. Por lo demás, las intrigas de Richelieu para apoyar á los descontentos de Escocia y á los puritanos de Inglaterra, contribuyeron á acelerar el movimiento que llevó al desventurado rey al cadalso y produjo la tiranía de Cromwell.

No obstante, una revolución inesperada colocó de nuevo al heredero de Carlos I en el

trono en 1660. Este príncipe, hijo de una princesa católica, había pasado su juventud en el Continente en Estados católicos. Había además de esto contraído matrimonio con Catalina de Portugal, princesa muy adicta á su Religión; y parece que en un tratado secreto con Luis XIV se había comprometido á volver á la unidad: todos estos eran otros tantos motivos para alarmar á los protestantes. Los doctores anglicanos en sus púlpitos, los escritores en sus folletos, y los individuos del parlamento en sus mociones, se pronunciaban igualmente contra los católicos, y hubo pocos años en el reinado de Carlos II en que no se adoptasen nuevas medidas contra ellos (1). Para conjurar estas calamidades, el rey concedió la libertad de conciencia á todos sus vasallos, por medio de una declaración del mes de marzo de 1672. No bien fué publicada esta ley, cuando los presbiterianos, que dominaban en la cámara de los comunes, la impugnaron con el mismo calor que desplegaban en todos los negocios, solo por ser favorable á los católicos. Lamentáronse con tanta vehemencia y se agitaron de modo, que el rey revocó su declaración para evitar mayores males. Pero la secta, cuya inquietud había creído calmar por medio de su condescendencia, no paró en esto. El parlamento arrastrado por los sediciosos que habían adquirido una influencia decisiva en ambas cámaras, aprobó la famosa acta del *Test*, en la que se decía que todo aquel que poseyese algún empleo, cargo ó beneficio, prestase sin remedio los juramentos de *pleito-homenaje (allegance)* y *supremacia*, recibiese los sacramentos en su iglesia parroquial, y renunciase por escrito á la creencia de la presencia real en la Eucaristia. Esta acta no tenía mas objeto que separar á los ortodoxos de todos los empleos públicos é inutilizarlos para lo sucesivo.

Carlos II terminó sus días en 1685, y puede creerse que murió católico. Juan Huddleston, benedictino inglés, que había contribuido á salvar á este príncipe despues de la batalla de Worcester, le fué tambien útil en aquel mismo momento; pues llamado á la Real cámara la víspera de su muerte, recibió la declaración de Carlos manifestando querer morar

(1) Mem. para servir á la Hist. ecles. durante el siglo XVIII; introd. p. CLXVIII.

rir en la Religión católica, y mostrándose arrepentido de sus faltas y desórdenes. Huddleston le confesó, administró los sacramentos y auxilió en su última hora (1).

Los enemigos del catolicismo y los demas facciosos que se cubrían con el velo de la Religión, habían intentado mas de una vez alejar del trono al duque de York, hermano de Carlos II, y que le sucedió con el nombre de Jacobo II. Este príncipe, despues de la muerte de su primera mujer, que se había declarado por la fé católica, contrajo matrimonio con una princesa de Módena, y desde entonces se sospechó que había cambiado de religion; pues habiendo abjurado el cisma y la heregía en el año 1671, se forjó ya en 1678 la historia de una conjuración quimérica de que se le suponía jefe. Aunque tal suposición era una impostura absurda, descabellada y no se presentaron pruebas ni testigos, costó sin embargo la vida á muchos católicos de elevada alcurnia, y entre ellos á lord Stafford, que era uno de los mas ilustres caballeros de Inglaterra, y á Oliverio Plunkett, arzobispo de Armagh, en Irlanda, prelado recomendable por su vida ejemplar y sus trabajos apostólicos. El duque de York, á quien se deseaba hacer odioso á la nación, se había ausentado por consejo del rey su hermano, bajo pretexto de viajar por Europa. No obstante, á la muerte de Carlos II, este príncipe fué proclamado sin oposición; mas apenas se vió en el trono, cuando por un celo prematuro en favor de la Religión que había abrazado, atrajo sobre su cabeza una tempestad de que fué victima, y que arruinó para siempre en Inglaterra la Religión que quería restablecer en su antiguo esplendor. No satisfecho con hacer profesion de ella y seguir sus prácticas en el interior de su palacio, no ocultó el propósito que había formado de devolver á los católicos todos los templos que habían perdido desde los tiempos de Enrique VIII. El 4 de abril de 1687 publicó una declaración estableciendo la libertad de conciencia. Los disidentes de las diferentes sectas le felicitaron por medio de mensajes, mientras que los partidarios de la iglesia establecida se mostraron muy descontentos. Los católicos, aprovechándose de esta ley, abrieron capillas en

Londres y demas grandes poblaciones: verificáronse algunas brillantes conversiones entre gente de todas clases, y la mayor parte de ellas fueron duraderas y subsistieron hasta despues de la revolución (1). El palacio estaba lleno de religiosos que lejos de ocultar su estado, le manifestaban públicamente, y en la capilla Real se consagraron cuatro obispos. El rey envió un embajador á Roma solicitando un nuncio, que efectivamente fué á Londres, y residió cerca del rey con carácter de tal. Pero Innocencio XI, que gobernaba entonces la Iglesia, no aprobaba esta conducta de Jacobo II: aconsejóle que moderara su celo y no diera lugar á que la nación, ya tan prevenida, se sublevara, dando lugar á que se perdiera el catolicismo, perdiéndose él mismo. Por desgracia, estos temores no tardaron en realizarse. Alarmáronse todas las sectas. El favor concedido demasiado pronta y públicamente á los católicos, hacia decir á todos los que tenia interés en contrariar las disposiciones del rey, que no tardaria mucho la Inglaterra en verse esclava de Roma, como en otros tiempos. Estas palabras eran generalmente propaladas por los emisarios del príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, stathouder de Holanda, y yerno de Jacobo II, que trabajaba sordamente por destronar á su suegro. Sus intrigas llegaron al punto que él se prometia: el disgusto fué general, y en vista de esto pudo en 1688 ejecutar sin dificultad la agresión que tenían ya preparada. «Por lo demás, dice un juicioso autor (2), conviniendo francamente en todos los desaciertos del desgraciado Jacobo, debemos manifestar tambien nuestra opinion despues de haber examinado atentamente los hechos; y es que cualquiera que hubiese sido su conducta, no habría podido evadirse de la ruina en que debían envolverle las circunstancias en que se encontraba. Aunque hubiese sido mas reservado, no hubiera podido sostenerse en un trono rodeado de tantos escollos. La nación, en el exceso de su prevención contra los católicos, había visto con disgusto que un príncipe de esta comunión heredara la corona. De aquí nacia un desvio muy marcado y una descon-

(1) Mem. para la Hist. ecles. del siglo XVIII,

t. 1. Introd. p. CLXXI.

(2) Ibid. p. CLXXV.

(1) Mem. para servir á la Hist. ecles. durante el siglo XVIII, p. CLXX.